



**JUAN ANTONIO VASCO**  
Una tremenda  
libertad  
expresiva

Página 3



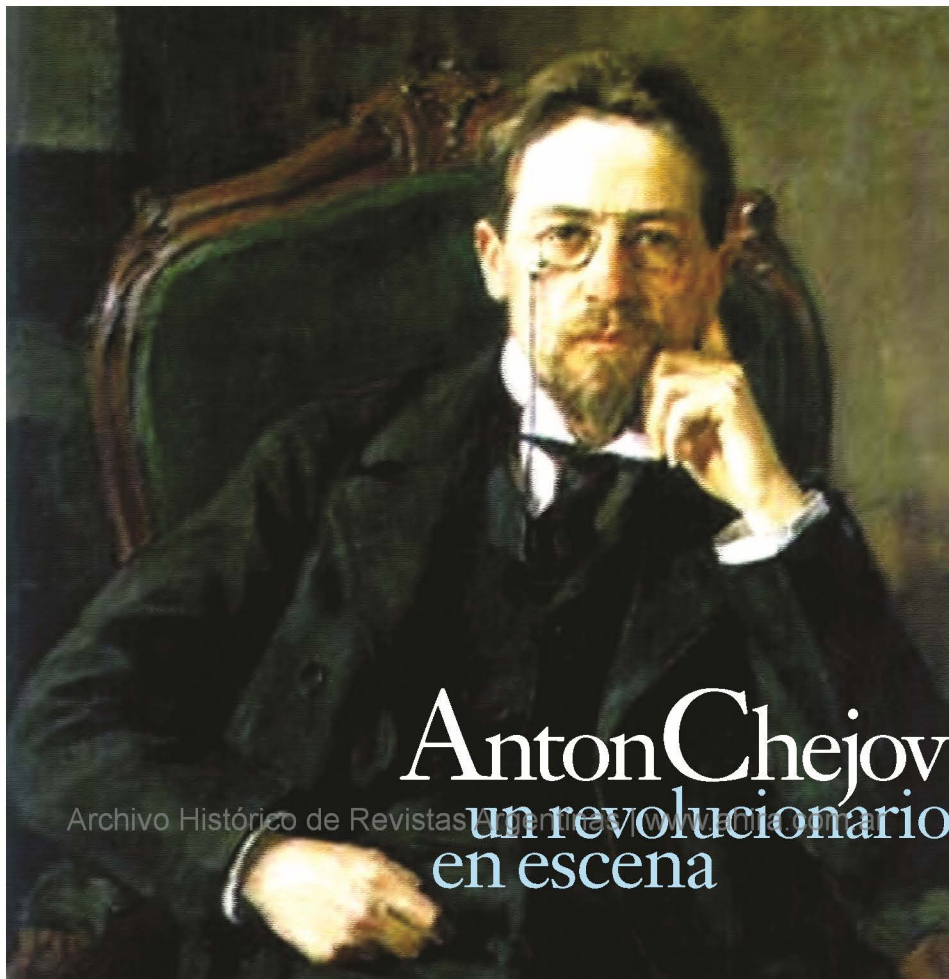
**CONTRATAPA**  
La viuda  
del quinto D

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 70 | JUEVES 4 DE ABRIL DE 2013



Anton Chejov  
un revolucionario  
en escena

Archivo Histórico de Revistas Literarias | [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

El escritor español Luis Goytiso lo ganó en Barcelona el Premio Anagrama de Ensayo con la obra *Naturalaleza de la novela*, que se impuso entre 131 originales presentados, que otorga un premio de 8.000 euros (us\$ 10.260). Goytiso lo (Barcelona, 1935) se interroga en la obra ganadora por el género literario llamado novela, cuáles son sus orígenes, sus características y los factores directos e

indirectos que propician su formación, según informa DPA. Es un ensayo "muy sintético y nada académico—subrayó el editor Jorge Herralde, fundador y director de Anagrama—, un canto a la persistencia de la gran literatura", aseguró. Luis Goytiso lo, hermano del también escritor Juan Goytiso lo, tiene más de dos decenas de obras publicadas y siempre ha buscado la experimentación y el vanguardismo.



# Anton Chejov un revolucionario en escena



→ OSVALDO QUIROGA

“El amor no era verdadero era artificial. Pero en aquel tiempo me parecía verdadero”, sostiene Elena, uno de los personajes de *Tío Vania*, la obra de Chejov, el gran dramaturgo ruso. Ella es tan desdichada como los demás, dado que ninguna de las criaturas de Chejov ama a quien quiere amar. El malentendido del amor alcanza en esta obra sus picos más altos.

Marcelo Savignone, el director de *Un Vania*, lo sabe. Viejitos de quedarse en la superficie del texto, construye una puesta en escena que nada tiene que ver con el tan mentado teatro chejoviano. Más bien lo contrario. Desde la primera escena hasta la última le imprime al espectáculo un ritmo alucinante. De esta forma acerca al presente los conflictos planteados por el autor de *Tres hermanas* a fines del siglo diecinueve. Sin ánimo de revelar algunos de los aspectos esenciales de la puesta en escena, entre los grandes aciertos de la realización figura el que uno de los papeles centrales está representado por un muñeco. Y sin embargo, esto no atempera la desesperanza que campea en el escenario. Por el contrario, en el espacio escénico esa figura inanimada se transforma, gracias a la mirada de los otros, en uno de los personajes más activos de la puesta. “La vida por sí misma es aburrida, estúpida, sucia... Esta vida se lo traga a uno”, sostiene Astrov. Ese pesimismo básico que recorre la pieza de punta a punta resulta muy difícil de poner en es-

cena. De no haber existido Stanislavsky, célebre director ruso de la época, difícilmente se hubieran impuesto las obras de Chejov. Fue Stanislavsky, el creador de un método para la formación de actores que hoy sigue siendo hegemónico, el mismo que descubrió que en esos textos abundaba la vida interna de cada uno de los personajes, y que el gran desafío era, precisamente, llevar a escena la interioridad de esas criaturas, y además hacerlo con un grado de verosimilitud que en esa época no existía sobre las tablas. Lo que percibió el director ruso era que se trataba de un teatro nuevo, nunca hecho antes, y que entonces resultaba imprescindible crear un método para poder representarlo. Esas largas tardes de verano que aparecen en las obras de Chejov, esas mujeres que esperan la llegada de los militares a las casas de provincia que habitan, esos hombres que sueñan con tener una vida distinta a la que tienen y ese aburrimiento que impregna cada uno de los parlamentos tenían, necesariamente, que cobrar vida en el teatro. Era la época en que la revolución todavía no había llegado, aunque ya se insinuaba. Convinían, en ese entonces, el mundo de los zares que tan bien describe Tolstoi en *Anna Karenina*, con el clima prerrevolucionario que se respiraba en la atmósfera de la vida cotidiana.

Anton Chejov, médico de profesión, cuentista excepcional y dramaturgo inigualable, fue un impresionista. Porque si en pintura el impresionismo intenta



captar el tiempo a través de la luz, en el teatro se trata de un intento parecido: el de iluminar un instante y alejarse para echar luz sobre otro, y así sucesivamente. Eso es lo que supo volcar en escena Stanislavsky. Lo que significa, también, que supo captar el espíritu de una época. Pensemos que *La interpretación de los sueños*, de Freud, se publicó en 1905, y que en la misma época Nietzsche escribía algunos de sus grandes textos. Es un momento de cambios. Un tiempo en el que todas las certezas comienzan a derrumbarse. Antes de que Freud descubriera el inconsciente, ya Carlos Marx había mostrado la otra cara del capitalismo, es decir, había puesto a la intemperie las miserias de cualquier sistema de explotación.

Etho y gran tema de Chejov es el de la verdad. La verdad en la vida cotidiana y en el arte. Voinitski, en *Tío Vania*, sostiene: “...el hombre hace justo veinticinco años que está leyendo y escribiendo sobre el arte, sin entender nada de arte. Hace veinticinco años que rumia ideas ajenas sobre el realismo, el naturalismo y toda clase de pavadas; veinticinco años

que lee y escribe sobre cosas que la gente inteligente conoce ya hace rato, y que para los tonos no tienen ningún interés, es decir, que está, desde hace veinticinco años pasando agua por un colador”. Para Chejov el teatro más que una teoría es una praxis. No concebible teórico separado de los conflictos que sostienen los seres humanos a la largo de la vida. Pero busca renovar en lo más hondo los procedimientos teatrales. En *La gaviota* le hace decir a Tréplev: “Hacen falta formas nuevas. Hacen falta formas nuevas, y si no las hay, más vale que no haya nada”. Es una toma de posición radical. Una apuesta por un teatro que abandone de una buena vez el artificio y construya verosimilitud en el escenario. De ahí que en las últimas décadas los directores que han abordado a Chejov han tomado al pie de la letra sus consejos y han buscado nuevas formas para que esos mismos conflictos, que no han perdido ni un ápice de

vigencia, lleguen a los nuevos espectadores. Es el caso de Marcelo Savignone y su arriesgada mirada sobre *Tío Vania*. Su puesta en escena sólo en apariencia puede resultar anti chejoviana. Contó, es cierto, con un grupo de admirables intérpretes: Paulina Torres, María Florencia Álvarez, Mercedes Elordi, Luciano Cohen, Pedro Risi y el propio Savignone. Todos ellos trabajan alterando ritmos tonos en el magnífico espacio de La Carpintería.

La verdad en el teatro de Chejov supera todo lo que puede decirse en un apunte periodístico. Pero vale la pena transcribir lo que expresa Tusenbach en *Tres hermanas* para percibir la hondura y la actualidad de la gente: “Después de nosotros la teatro volverá en globo, en un mundo de las chaquetas, tal vez descubra un sexto sentido y lo desarrolle; pero la vida seguirá siendo la misma, una vida difícil, llena de misterios y felicidad. Y dentro de mí estoy el hombre suspirará como suspira ahora. Y pensaré que es duro vivir, y al mismo tiempo, exactamente igual que ahora, temeré a la muerte y no querré morir”.



## LA LITERATURA INFANTO-JUVENIL FIRME ANTE EL AVANCE DEL E-BOOK

En cuatro años el sector editorial latinoamericano dedicado a la literatura infanto-juvenil dobó su producción, pasando de casi 5.000 títulos a más de 10.000, y el e-book no sumó los adeptos que se estimaban, según datos del Anuario Iberoamericano sobre el libro infantil y juvenil 2013, que cada año edita la Fundación SM. "En el escenario latinoamericano, Chile (47%), México (37%) y Colombia (10%) son los países que concentran el 94% de los

títulos de literatura infantil y juvenil en formato electrónico", agregan desde la fundación. "En 2011 se reportaron 10.414 títulos de carácter infantil y juvenil por las agencias International Standard Book Number (ISBN) en América Latina y el Caribe, aumentando un 27% con respecto a 2010. Del total de títulos editados en 2011, Argentina concentra el 38%, México el 21% y Colombia el 11%, lo que supone, agregan,



### CONTRATAPA

↳ LUIS SOTO



# La viuda del quinto D

“Este perro tiene olor a cazuela de mondongo, sin garbanzos”, ha logrado reconocer Pedro Mendioroz cuando el ascensor detiene su marcha. La fealdad de la jeta lo lleva a fantasear que no hay fabricación. Según Mendioroz el proceso es absolutamente natural: se inicia arrancando un gajo al ramaje de la torre Eiffel, se lo planta y al tiempo nace uno de estos ascensores. El Otis de casa está agobiado por 60 años de cargar sores, considera Mendioroz.

Como cada mañana, iba a cumplir su rutina del ascensor: adelantara a ciegas el pié derecho y mirar en el espejo si ha recorado parajamente la barba canosa. Pero se ha topado con un obstáculo imprevisto: el flanco de una enorme heladera con cierto aire a los tanques Sherman que sostuvieron el avance de los aliados sobre Roma. Procura ser preciso: comienzos de 1944, sí, comandados por el general George C. Patton, que tenía cara de árbitro de rugby. La clásica mudanza de los sábados. Para lograr que semejante bulto entrara en la estrecha caja del ascensor habrán acaosado la heladera y luego la ledraron hasta que se redujo a dócil alfil refugiado en su cueva. “La pudimos encajar porque es hoy, ayer no hubiera entrado”, sentencia el peón que sostiene al Sherman. La mudanza condena a Mendioroz a esperar varias pasadas del ascensor, lapso en el que la degrada de Sherman a Zeppelin. Al llegar a la planta baja descubre que el vestíbulo se ha transformado en un depósito de muebles. Los va eludiendo y cuando cree que ha dejado atrás el terreno mudo se encuentra con que la invasión ha extendido su dominio a la vereda. Mesas, sillones, cuadros, alfombras, canastos de mimbre de los que se ve resesalar tazas y libros dan zurdos en todos los frentes a 1134 de la calle Agüero. Una mudanza obliga a que uno se divorcie de todo lo inservible que lo rodea, halla Mendioroz la vereda positiva. Pensando por qué se siente acosado por el verbo divorciar, enfila hacia el supermercado. “No re olvides del alimento de Astrákin”, ha recomendado su mujer, entonces él ordena priorida-

des: leverwust, pepinillos agridulces, piedritas para el caniche. “Ponerle a un perro Astrákin es tan ridículo y falso de imaginación como decirle equinoccio a un caballo. Sabe que lo desprecio el creñino, pero igual me hace efases. Obsecuencia disfrazada de lealtad”, es planteo que Mendioroz cuida de callar. “Vaya y va mamá”, ha anunciado su mujer. “Entonces me quedo a comer en el de mi hermano, vuelvo a las 4”, aprovechó él. Proyecto fallido. El informe de su cuñada, a través del celular, es escueto y no admite alternativas: “estamos por almorzar en un rector del Tigre”.

Al regresar, sólo media hora más tarde, a Mendioroz le sorprende que una veinte personas estén paradas frente a su edificio. Todos miran hacia arriba. Ese mirar con firmeza el firmamento lo lleva a pensar que se va a dar una granada por los apariciones fabulosas: el paso del cometa Halley, a partir del siglo XIX, que provocó el suicidio de miles de personas intimidadas por tan correcto cuerpo celeste y el Avión Negro que iba a

traer a Perón en 1956. Ahora el obsecivo no provoca temores. Varios peones han armado un sistema de sogas y roldanas para bajar un piano. El aterrizaje de la nave es majestuoso. Los mirrones han empezado a dispersarse cuando se acerca un tipo de unos 50 años, de overol azul y boqueguis. Levanta la tapa y sus dedos correen suavemente sobre las teclas. Ahí nomás, de parado, juega con un tramo de una sinfonía. El intruso observa los movimientos de los peones y al ver que siguen dedicados a su trabajo se planta frente al piano. Entubia la mano repitiendo un ejercicio de replegar y luego extender los dedos, y se sumerge en un vals de Chopin. La perspectiva del show granito hace que la gente se reargre. Los más jóvenes se sientan sobre las baldosas. Un chico arrima un cajón de manzanas. El artista interrumpe la ejecución para probar la resistencia de la madera, reinicia el vals. Al concluir la pieza surgen entusiastas aplausos. Una mujer muy delgada, de piel transparente, enteramente vestida de negro, avanza hacia el piano. Después de susurrar un “bravo” casi rozando la mejilla del artista, suelta un hondo suspiro. “La viuda del edificio de la esquina, quinto D.

Qué manera de respirar, dios, y esas tetas...”, identifica Mendioroz. Al momento de romanticismo sigue una pieza breve. “¿Qué tocó, maestro?”. “Un scherzo de Eric Satie”. Y de inmediato el ahora maestro salta a un tema de jazz: Duke Ellington. “Mueña de satín”. Madame insinúa un contoneado paso de baile. En eso se oye una voz ancha, como de metaloído: “no se puede dormir, qué por qué no apagan la radio?”. Un muchacho de camiseta musculosa se ha tirado en una de las camas que ocupan la vereda. “Te apolystaste de garrrón y nadie dijo nada. El maestro garronea el piano. Aguantá, floc”. Lo cruza un peón. El de la camiseta se cubre la cabeza con una toalla y continúa durmiendo. “¿No se podrá tomar algo fresco?”, consulta el maestro. “Por supuesto, yo vengo”, dice madame y se detiene a probar con una botella yla abierta de vino blanco, una copa y un frasco. Sirve vino con generosidad, ofrece una aceituna y tararea el vals “Brillante” de Chopin: “laráira, larláira, larláira...”, y deja la “i” flameando co-

mo una media de seda en una terraza. El maestro bebe un sorbo y pesca una aceituna. “Usted es muy musical”, halaga. Nuevo suspiro gemiente de madame, el pecho siempre erguido. “Esta mina está loca. Entrega un chardonnay de 49,90, entrega un frasco de aceitunas ríojanas de 30 mangos, todo entrega... Hay alguien que la banca, viene dulce”, hace un inventario Mendioroz. El maestro mira el carozo desnudo que ha sacado de su boca, luego frota los dedos contra las teclas para desprenderse de algo pegajoso. Madame alarga la palma para recibir el huesito. “Por favor, lo estuve mordisqueando...”, se excusa el maestro. “Iba a decir su nombre, pero no lo sé”, insiste madame. “Sergio. ¿Qué les puso a las aceitunas?”. “Los dedos de un artista son agrados”. “Lo tenía que haber pensado antes de meterles ese menjunje”. “Les pusese ají molido, orégano, paprika...”. “Hubiera traído un papilla. El piano no merece que lo enchastre”. Madame toma el carozo y lo guarda en un monedero. “¿Otra!, ¡otra!”, corea la tribuna. “Tiene que lavarse las manos”. “¿Dónde?”. “Venga a casa. Es un segundo, vivo en la esquina”, invita madame. “Si me voy, se acabó el recital”. “En casa se da una ducha. Tengo ropa para que se cambie. Me siento culpable”, gestiona madame con una sonrisa sensual. “Vamos”, reclama. “Permiso, es sólo un momento...”, atina a decir Sergio a su público y se aleja con madame. “¿Dejamos el vino y las aceitunas?”. duda ella sin detenerse. “Vamos, muchachos, a cargar todo! Terminó el concierto”, grita el chofer a los peones. Mendioroz no sabe qué hacer. “Soy libre hasta las 4. Acasa no voy. Yni una palabra de que volví a la 1”, resuelve. Va hasta la esquina, trepa una corta escalinera y se para frente al portero eléctrico. Sus ojos ubican el ambiente del quinto D. “Me la podía haber llevado yo. O cualquiera, esta mina se regala. Ella se lo levantó”, considera. El edificio acaricia el timbre dorado, pero no lo oprime. Como si fuera un pezón de madame lo acaricia. Pedro Mendioroz mete marcha atrás, Pedro Mendioroz tiene olor a ganas de comer ríojanos al jerez, Pedro Mendioroz suspira desde el asma.